

LA NACION BRASILEÑA (*)

Por OCTAVIO IANNI

SUMARIO

I. ARCHIPIÉLAGO Y CONTINENTE.—II. CICLOS Y ÉPOCAS.—III. DOS BRASILES.—IV. UNA NACIÓN EN BUSCA DE CONCEPTO.

La cuestión nacional es un tema constante en el pensamiento brasileño. Hace referencia a cómo se crea y recrea la nación en cada época, coyuntura u ocasión. Y desde esta perspectiva pueden pensarse las fases del Imperio y de la República como formas históricas que contienen ideas distintas de nación.

Muchos tratan el tema, desde José Bonifacio y Frei Caneca hasta Raymundo Faoro y Florestan Fernandes. Preguntan cómo se tejen los encuentros y desencuentros entre la sociedad civil y el Estado en las distintas coyunturas de la historia del país. Buscan las raíces de la sociedad nacional en tanto en cuanto expresiones del pueblo, de la cultura, de las regiones, de los grupos raciales, de las clases sociales. Se trata de conocer el tejido que articula la sociedad y el Estado. Todos se preguntan sobre las influencias de estas diversidades en las formas del Estado, en las recurrencias al autoritarismo, en las vicisitudes de la democracia.

La cuestión nacional ha sido focalizada en términos liberales, conservadores, marxistas y otros. Unos privilegian el pueblo, visto como colectividad de ciudadanos. Otros distinguen las elites, que dirigen a las masas. Y están los que reconocen que las clases movilizan la sociedad civil y el Estado. To-

(*) Octavio Ianni, sociólogo, profesor en el Departamento de Sociología, Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas, Universidad Estadual de Campinas (Unicamp), São Paulo, Brasil.

dos quieren comprender las articulaciones y desarticulaciones que entran en las diversas formas históricas de la nación.

La cuestión nacional permite pensar tanto algunos momentos cruciales de la historia de la sociedad cuanto algunas producciones notables del pensamiento. Atañe incluso a las producciones artísticas. Está presente en Varhna-gen, José de Alencar, Tavares Bastos, Joaquim Nabuco, Euclides da Cunha, Lima Barreto, Alberto Torres, Oliveira Lima, Oliveira Vianna, Gilberto Freire, Sergio Buarque de Holanda, Caio Prado Jr., Roberto C. Simonsen, Graciliano Ramos, Portinari, Villa-Lobos, Guerreiro Ramos, Celso Furtado, Clavis Moura, Erico Verissimo, Marcio Souza, João Cabral de Melo Neto y muchos otros. Está en el ensayo y la monografía, en el romance y la poesía.

I. ARCHIPIELAGO Y CONTINENTE

Visto en perspectiva histórica amplia, Brasil parece un archipiélago. Sus diversidades sociales, económicas, políticas y culturales, con frecuencia expresadas en términos locales, provinciales, raciales y otros, hacen que el país dé la impresión de ser un archipiélago que se forma y transforma a lo largo del tiempo. De ahí la impresión de que periódicamente parece buscar nuevos acomodos, encontrar otras dispersiones. Los movimientos en el sentido de la integración parecen atravesados por los movimientos en el sentido de la dispersión. Se tiene la impresión de que de las mismas fuerzas germinan tendencias contradictorias no sólo divergentes, sino frecuentemente opuestas.

Esa es una historia antigua. El tema de la integración y la dispersión atraviesa la realidad y el pensamiento brasileño. En determinadas ocasiones, este tema surge nuevamente, unas veces en términos bien diferenciados de los anteriores, otras con ingredientes del pasado. La sucesión de Constituciones brasileñas a lo largo del Imperio y la República, principalmente en ésta, puede ser un indicio de ese periódico y reiterado movimiento de integración y dispersión. Sin embargo, ese problema viene de antes. Nace con la colonización y se modifica en el curso de la historia. En la colonia (1500-1822), en el Imperio (1822-1889) y en la República (a partir de 1889), los movimientos contradictorios, divergentes u opuestos, son visibles. A pesar de que las fuerzas que actúan en cada época son distintas, que se reformulan con otros y nuevos ingredientes, no hay duda de que son a veces decisivas. Son indispensables para la comprensión de las condiciones de la formación de la sociedad, el Estado y la nación. Por eso Brasil da la impresión de ser un país en busca de un rostro.

Hay momentos en la historia brasileña altamente determinados por el

juego abierto de las fuerzas que operan en el ámbito de las unidades administrativas y de los segmentos sociales, comprendiendo estados, regiones, grupos raciales y clases sociales. Ciertos movimientos, revueltas y revoluciones, ocurridos en distintos lugares y épocas, expresan algunas de las disparidades sobre las cuales se procuró y procura construir la nación. Las diversas Constituciones y algunas enmiendas constitucionales revelan esto muy claramente. Desde la Constitución de 1824 a la de 1988, el juego pendular federalismo-centralismo está presente en el pensamiento y en la práctica de muchos. De este modo, algunos intentos de centralización, particularmente organizados, abarcadores y fuertes, denotan el intento de algunos sectores dominantes de controlar no sólo las tendencias federalistas, sino la realidad de la dispersión.

En la colonia todo estaba polarizado entre el colonialismo, organizado según los intereses del absolutismo portugués, y el nativismo, irrumpiendo por doquier. Pero el colonialismo no era homogéneo. Hubo un despotismo impregnado de contrarreforma y otro esclarecido, con Pombal queriendo gobernar según algunas sugerencias de la revolución burguesa en curso en otros países europeos. Durante mucho tiempo estuvo presente la política jesuítica, unas veces acoplada con la Corona portuguesa y otras luchando junto al indio, negro y blanco, esclavos y libres, conforme a los proyectos católicos. «El catecismo del jesuita, las ordenaciones del reino, garantizaban, desde los inicios, la unidad religiosa y la del derecho. El gobernador general y el Consejo Ultramarino cuidaban una unidad administrativa, protegida, después de todo, por la realeza y por el propio genio del pueblo. Y era éste tan claramente el tipo adecuado para el nuevo país que se iba a poblar, de la sociedad que se pretendía formar, que las tentativas dispersoras nunca lograban desarrollarse y que por sí mismas se debilitaban y morían» (1).

En el Imperio todo parecía polarizado por el poder moderador, la política de conciliación y la «democracia coronada». Sin embargo, las revueltas y revoluciones pusieron algunas veces en entredicho lo que se imaginaba como la paz del manto imperial. La Confederación del Ecuador (1817), la Cabanagem (1830-1840) y la Farroupilha (1835-1845) se revelaron como acontecimientos de la mayor importancia. Señalaban «islas» de un «continente» disperso en un «archipiélago». La represión a la que fueron sometidas no sólo las revueltas y las revoluciones, sino también las protestas y las reivindicaciones, señalan una nítida afiliación de los gobernantes y los sectores dominantes, en el sentido de recomponer el «continente», a cualquier costo, sin contemplaciones.

(1) SYLVIO ROMERO: *Provocações e debates* (Contribuições para o estudo do Brasil Social), Livraria Chardron de Lello & Irmão Editores, Porto, 1910, págs. 279-280. Cita de «O Duque de Caixas e a Integridade do Brasil».

Por otra parte, el problema ya estaba presente en el cierre de la Asamblea Nacional Constituyente en 1823, con uso de la fuerza militar, y en el otorgamiento de la Constitución de 1824 por parte de don Pedro I, en la cual se crea el poder moderador. La adopción del régimen monárquico puede ser un indicio muy claro en la dialéctica integración-desagregación. La Corona y la aristocracia, la concesión de títulos nobiliarios y la solemnidad monárquica, amparados en la cruz y la espada, garantizaban la «tradicición» de la legitimidad, una legitimidad heredada del colonialismo. «Somos el único caso histórico de una nacionalidad realizada a partir de una teoría política. Venimos, de un salto, de la homogeneidad de la colonia para un régimen constitucional: de los edictos a las leyes. Y al meternos de improviso en la órbita de nuestros destinos, lo hicimos con el único equilibrio posible en aquella época: el equilibrio dinámico entre las aspiraciones populares y las tradiciones dinásticas. Solamente éstas, más tarde, permitirían que entre los 'exaltados', utopistas aventajados para su tiempo, que hasta rozaron con los dedos una república prematura, y los 'reaccionarios' absolutistas, en retrocesos excesivos hacia el pasado, repuntase el influjo conservador de los 'moderados' o liberales monárquicos de la Regencia, lo que equivale la conciliación entre el progreso y el orden todavía no formulado en axioma...» (2).

El manto imperial estaba destinado a crear la ilusión de un Estado nacional en un país cuya sociedad civil se encontraba dispersa en la geografía y en la historia, apoyada en el trabajo esclavo, en una masa de trabajadores considerados de otra raza, otra casta. Una población imposibilitada de circular en cualquier esfera de poder en donde dominara el señor, el blanco, aquel que disponía de «derechos». Un manto imperial que dependía de una legitimidad prestada por el absolutismo lusitano, y que daba la impresión de continuidad, real e imaginaria. Una legitimidad que se apoya en el trono y en la espada a la sombra de la cruz.

Ese es el contexto histórico en el que se sitúa la figura del Duque de Caxas. «Sesenta años de lucha, sesenta años de esfuerzos guiados por un ideal, el ideal supremo de la independencia, de la integridad, de la unidad nacional, representan una fuerza de selección histórica que sirve para mostrarnos el camino del futuro. Este bello tipo de ariano occidental trasplantado a las regiones brasílicas representa la continuidad de la tradición étnica de los Vidas de Negreiros, de los Gomes Freires de Andrade, de la acción civilizadora para la cohesión del pueblo, de la nación contra las tendencias dispersoras de la

(2) EUCLIDES DA CUNHA: *A margem da História*, 6.ª ed., Livraria Chardron de Lello & Irmão Editores, Porto, 1946, pág. 237. Cita extraída de «Da independência à República».

desagregación tribal de indios y africanos que se hallan incorporados en nuestra vida. Es el germen de la cohesión ariana, nominalmente portuguesa, que debemos, por encima de todo, fortalecer. Es urgente, bajo peligro de muerte, salir del atolladero del federalismo disolvente y caminar con seguridad y firmeza hacia la unidad. Sean cuales sean los tropiezos e impedimentos, es preciso echarlos por tierra» (3).

Durante la República, las fuerzas de integración y desarticulación operan de otra forma, con otros métodos. Nuevos ingredientes son combinados con los antiguos, renovándolos. Son varios los acontecimientos que señalan las manifestaciones iniciadas con la República: Canudos, Contestado, Revolta de Vacina, revolución federalista de 1893, cangaço, padre Cícero; algunas expresiones regionales del tenentismo; ingredientes regionales en la organización y el desarrollo de la revolución de 1930; la revolución de 1932, organizada por los sectores dominantes paulistas, con discursos separatistas; la quema de las banderas estatales por el Gobierno de la dictadura del Estado Novo (1937-1945), para reducir la autonomía e imponer la integración; la marcha hacia el oeste organizada por el Estado Novo, con base en operaciones como la expedición Roncador-Xingú; la movilización popular, organizada por el gobernador gaúcho Leonel Brizola en 1961 para defender la vigencia de la Constitución de 1946 e impedir el golpe de Estado preparado con base en la renuncia del presidente Janio Quadros; la emergencia del liderazgo de Brizola en Rio Grande do Sul y Miguel Arraes en Pernambuco, en las cuales se presumían proyectos políticos nacionales alternativos, opuesto a aquellos de los sectores empresariales y militares predominantes en el centro-sur del país.

La revolución de 1930 sería inexplicable sin el juego de las fuerzas estatales y regionales en lucha para reubicar su posición e influencia en el ámbito del Estado nacional. Es verdad que esa revolución fue conducida por el tenentismo, en el cual los civiles y militares ligados a los sectores medios manifestaban sus reivindicaciones. Y es también verdad que ella expresaba el agotamiento del Estado oligárquico (1889-1930) y de la economía primario-exportadora. Se trataba, inclusive, de crear condiciones jurídico-políticas, económicas, sociales y culturales para nuevos desarrollos de la economía capitalista, con énfasis progresivo en la presencia del Estado, en la planificación gubernamental y en la industrialización sustitutiva de importaciones. Sin embargo, no hay duda de que la revolución del 30 manifestó también la revuelta de los estados «periféricos» contra el monopolio del poder nacional por los intereses económicos y políticos con base en los estados de São Paulo y Minas

(3) SYLVIO ROMERO: *Op. cit.*, págs. 332-333.

Gerais. Eran estados y regiones en lucha por la reestructuración del Estado nacional, con la intención de sentirse mejor representado en ese Estado.

«Tenemos en el Brasil —escribe Barbosa Lima Sobrinho— un poder central por encima de los estados, pero el desarrollo desigual de las unidades federadas y la fuerza excesiva de algunos estados trae consigo el desequilibrio, la amenaza de absorción de la influencia de los estados pequeños, la preponderancia clara de los mayores, en todos los dominios de la vida política, desde las Cámaras legislativas, sujetas a la acción de las grandes bancadas, hasta el poder presidencial gravitando, naturalmente, en torno de los electorados menores. Los cuarenta años de federalismo brasileño se resumen en una lucha continua contra la supremacía de algunos estados. Tenemos los estados libres y los estados satélites; los estados de primera, segunda y tercera clase, dependiendo de si podían candidatarse a la Presidencia o a la Vicepresidencia de la República, o a ninguna de las dos cosas» (4).

El golpe de Estado de 1964 no estaba exento del juego de las fuerzas estatales y regionales. La repercusión nacional de las actividades de Miguel Arraes, con base en Pernambuco, y Leonel Brizola, de Rio Grande do Sul, preocupaban bastante no sólo a la burocracia militar, sino también a las clases y sectores dominantes, que temían perder parte de su influencia en las directrices del poder central. No fue casualidad que el golpe se organizara principalmente en las ciudades de São Paulo y Rio de Janeiro, con la colaboración activa de los gobernadores Adhemar de Barros y Carlos Lacerda; en asociación con el Instituto de Investigaciones Económico-Sociales (Ipes), el Instituto Brasileño de Acción Democrática (Ibad), algunos generales y el embajador norteamericano Lincoln Gordon. Se habían puesto en marcha las fuerzas de la «cohesión». En todos los sectores importantes de la sociedad, los gobiernos militares adoptaron medidas de «integración» nacional, desde la lucha por la tierra hasta en la educación, de seguridad social a la cultura, de los estados a las regiones. En el pensamiento militar, la nación es la patria.

En 1985, en vísperas de asumir el Gobierno federal, un momento importante en el proceso de «apertura lenta, gradual y segura», Tancredo Neves fue obligado a incorporar algunos aspectos esenciales de la cuestión nacional.

(4) BARBOSA LIMA SOBRINHO: *A verdade sobre a Revolução de Outubro*, Gráfico-Editora Unitas Limitada, São Paulo, 1933, pág. 261. En 1928 Manuel Bomfim decía que el cambio de nominación —capitanías, provincias y Estados— resumía «la evolución política del Brasil». Y añadía: «La antigua antipatía de las provincias hacia la Corte se sustituyó por otra, más pronunciada y más grave, de los pequeños estados contra las grandes unidades, que en sí incluían todo el prestigio y todo el poder de la Nación» (MANUEL BOMFIM: *O Brasil Nação*, 2 tomos, Livraria Francisco Alves, Rio de Janeiro, 1931, tomo II, pág. 201). El prefacio del autor tiene fecha de 1928.

Se trataba de recomponer las relaciones de la sociedad civil con el Estado. Reconocer que la mayoría de la sociedad no se sentía representada en el poder estatal; que estados y regiones, grupos raciales y clases sociales, en las ciudades y en el campo, se sentían divorciados de las orientaciones del Estado. Por una vez, la dispersión era evidente: la nación procuraba retomar su proceso formativo, encontrar su fisonomía: «Quiero convidarles a visualizar en un futuro no muy lejano una nación en la que haya sido abolida la inseguridad generada por la miseria, por la ignorancia y el desempleo. Una nación en que todos los ciudadanos puedan anhelar mejores condiciones de vida y alcanzarlas por su propio esfuerzo. Una nación en que los menos afortunados y los menos aptos no sean condenados a permanecer al margen del cuerpo social; por el contrario, que reciban apoyo solidario con vistas a su integración en la colectividad. Una nación que, tanto en las pequeñas y medias ciudades, en los campos o en las grandes metrópolis, tenga el orgullo de haber sabido organizarse de la mejor forma para usufructuar las riquezas generadas por sus iniciativas y su trabajo. Una nación que, habiendo podido atender las necesidades básicas de sus ciudadanos, así como sus aspiraciones de consumo y ocio, disponga todavía de recursos excedente para invertir en la continuidad del mejoramiento del patrón de vida» (5).

El Brasil tal vez no sea más que un archipiélago. Aunque todavía atravesado por serias desigualdades. Las mismas fuerzas que trabajan en el sentido de la integración promueven la dispersión. Tanto es así, que el discurso del poder, en el presente, sigue hablando de la reducción de las diferencias regionales, de la democracia racial, de la paz social.

II. CICLOS Y EPOCAS

Se puede recordar que algunas de las raíces de la cuestión nacional se localizan en la historia de los «ciclos y épocas de la economía brasileña». Algunos de los trazos decisivos de esta problemática señalan que la economía primario-exportadora predominó a lo largo de los siglos xvi al xx, estableciendo las bases de las diversidades y desigualdades sociales, económicas y otras que aparecen como locales, estatales, regionales o raciales.

La sucesión de los ciclos y épocas de las actividades económicas predominantes, aquí o allá, volcadas hacia el mercado externo, marcan los alineamientos de los estados y regiones, de la geografía y de la historia. Señalan los

(5) TANCREDO NEVES: «Vamos trabalhar», discurso preparado para la toma del cargo de Presidente de la República, O Estado de São Paulo, São Paulo, 1 de marzo de 1985, pág. 7.

movimientos de población, colonización, de cambio, de esclavización, de las haciendas, de los ingenios, de las zonas del interior, las fronteras naturales, los poblados, ciudades, provincias, estados y regiones. Así se enraiza el desarrollo desigual y contradictorio, característico de la economía y la sociedad en el Brasil. Gran parte de la historia, si no toda ella, está marcada en el presente como un complejo de diversidades y disparidades, en las cuales se constituyen y dispersan los estados y las regiones, razas y clases, formas de producción material y espiritual. Es como si fuese un caleidoscopio de tiempos y lugares.

La Amazonía quedó marcada por las actividades extractivas y los ciclos del caucho; el nordeste, por el azúcar; Minas Gerais y Goiás, por la minería; Rio de Janeiro y São Paulo, por el café; Paraná y Santa Catarina, por la yerba mate y la colonización. En cada lugar, provincia, estado o región se desenvuelve una sociedad y una economía, una política y una cultura. Son distintas formaciones sociales en el ámbito de una formación social contenedora, integradora y contradictoria. Tanto es así, que la industrialización se superpone a las diversidades. Puede impregnarlas y fortalecerlas. «La industrialización acentuó las desigualdades en las distintas escalas geográficas, sea tanto en macrorregiones como a nivel micro, como entre los componentes de una misma área metropolitana. Naturalmente no nos estamos refiriendo simplemente a las diferenciaciones respecto a la especialización en determinadas actividades, sino a las consecuencias, en lo referente a desigualdades, que se agravan; a los niveles de desarrollo, que se traducen en grandes desviaciones en variables, como renta, niveles de instrucción y otras» (6).

La industrialización y la urbanización, cada vez más extensivas, influyendo sobre amplios sectores de la sociedad, provocan continuos movimientos de trabajadores, capitales, tecnologías, empresas, organizaciones privadas, agencias gubernamentales. Y así, mientras tanto subsisten las diversidades y desigualdades sociales, económicas y otras, al igual que las regionales y raciales. O mejor dicho, aquéllas se esconden en éstas.

El modo por el cual se dio y continúa dándose la formación de la sociedad brasileña crea y acentúa las diversidades y desigualdades raciales, en las cuales se mezclan también las regionales. Tanto es así, que el pensamiento social brasileño revela un gran interés por el tema, procurando conocerlo, ecuacionarlo. En algunos casos hubo y hay tentativas de ligar las diversidades regionales a las raciales, y viceversa. Trabajos que, en general, esconden las reales desigualdades sociales, económicas, políticas y otras.

(6) WERNER BAER, PEDRO P. GEIGER y PAULO R. HADDAD (coord.): *Dimensões do desenvolvimento brasileiro*, Editora Campus, Rio de Janeiro, 1978, págs. 13-14.

Esta es una realidad observada por muchos. Sin embargo, no consiste en un simple momento descriptivo de la realidad. Es explicativa. Sin el reconocimiento de esa multiplicidad dispersa en el espacio de la geografía y en el tiempo de la historia sería imposible comprender un aspecto básico del dilema de la cuestión nacional.

Gilberto Freyre se interesó bastante por esa problemática. El tema de las diversidades regionales es recurrente en sus escritos. Reconoce que la multiplicidad regional (comprendiendo condiciones sociales, económicas, raciales, culturales y otras) es un producto de la historia, de las tendencias del poblamiento, de la colonización, etc., y procura explicar cuál es la situación en el siglo xx, admitiendo que el dilema continúa en pie: integración y/o dispersión. «*Continente e isla: antagonismos que Brasil o concilia y equilibra, siguiendo más allá de la geografía, o se encuentra sujeto a una verdadera guerra civil en su psicología social y dentro de su cultura*» (7). Sin embargo, insiste en que no hay que exagerar en la integración. Prefiere la multiplicidad integrada. «Que nunca acontezca a Brasil la desgracia de integrarse filípica-mente en un imperio o de integrarse en un sistema de uniformidad continental o de rígida, dura y absoluta singularidad nacional de la cultura, con el sacrificio de sus diferencias regionales» (8).

Lo que está en cuestión es la relación de la sociedad consigo misma, de la sociedad con el Estado. La historia de los ciclos y épocas instituyó una singular dispersión. La comprensión del modo por el cual el Estado controla, acomoda y dinamiza tanto los estados y las regiones como los grupos raciales y las clases sociales depende de la comprensión de las fuerzas que crean y recrean la integración y la dispersión. La sucesión y combinación de las actividades sociales y económicas, entre otras, se sintetizan en las siguientes expresiones: economía primario-exportadora, enclave, industrialización sustitutiva de importaciones, asociación de capitales nacionales y extranjeros, sistema económico, articulado principalmente con tres sectores: estatal, privado-nacional y extranjero; creciente monopolización del Estado por el gran capital financiero internacional asociado con el nacional, y así en adelante. En todos los casos, a lo largo de la historia y de la geografía, desde el litoral hasta las tierras sin fin en la Amazonía, desde el descubrimiento hasta el siglo xx, hay siempre una fuerte determinación externa presente en los varios intentos de integración y dispersión.

(7) GILBERTO FREIRE: *Continente e Ilha*, Ediciones de la C. E. B., Rio de Janeiro, 1943, pág. 37.

(8) *Ibidem*, pág. 51. Véanse también JOSÉ HONORIO RODRÍGUEZ: *O continente do Rio Grande*. Edições S. José, Rio de Janeiro, 1954, y GOLBERY COUTO DA SILVA: *Aspectos geopolíticos do Brasil*. Biblioteca del Exército Editora, 1957.

El enredo del presente contiene el enredo de la historia. Por eso también el desarrollo desigual, contradictorio y combinado es de mayor importancia para la explicación de la formación social brasileña de las condiciones de articulación entre la sociedad y el Estado. Brasil se nos presenta como un todo en el cual las partes parecen desencontrarse. «Por fuerza de las contingencias del mundo moderno y contemporáneo, en que se sitúa la historia de Brasil, nuestra evolución se precipitó en un ritmo irregular y espasmódico que el país en conjunto no puede acompañar. Por eso se acumularon, unas junto a otras, a veces en una confusión desentrañable, formas económicas de contraste chocante que pertenecerían, en una evolución más regular, a épocas muy distantes entre sí (...). El tiempo se proyectó aquí en el espacio, facultando al historiador un método original de pesquisa; como el espacio se define por el tiempo, se condena al sociólogo y al economista, al igual que al geógrafo, a un punto de vista temporal particularmente fecundo» (9).

Aquí puede estar una clave de la recurrencia al autoritarismo, en el predominio del Estado sobre la sociedad. Los grupos y clases dominantes, influyendo las directrices del poder estatal, pueden manipular las diversidades; pueden hasta folclorizar las diferencias regionales, escondiendo las desigualdades sociales y otras sobre las que se implantan los intereses predominantes. Recíprocamente, la dispersión geográfica e histórica puede dificultar las manifestaciones de los grupos y clases, estados y regiones. Así se vuelve más difícil el proceso político por el cual se revelan las desigualdades encubiertas por las diversidades. Cuando las diversidades no esconden desigualdades, pueden ser más transparentes.

III. DOS BRASILES

Si aceptamos la idea de que Brasil parece desarticulado, no existe duda de que sus dos polos extremos están en el nordeste y en el centro-sur. Está claro que esas regiones, a su vez, son bastante diferenciadas internamente, y se distribuyen en unidades administrativas y segmentos sociales también desiguales. En realidad, hay varios nordestes, de la misma manera que en el centro-sur el estado de Rio Grande do Sul tiene toda una historia propia. Más allá de eso cabe recordar que la Amazonía y el centro-oeste componen otras polarizaciones del mayor interés para que se pueda explicar la cuestión nacional. En estas décadas, esas regiones han sido «fronteras» de expansión,

(9) CAIO PRADO JUNIOR: *Directrices para una política económica brasileira*, Gráfica Urupes Limitada, São Paulo, 1954, págs. 6 y 30-31.

negocios, actividades agropecuarias, mineras, geopolíticas, etc., que han servido mucho a los intereses que prevalecen en el ámbito del poder central. Pero es innegable que, en el siglo xx, el nordeste, simbolizado en la ciudad de Recife, y el centro-sur, en la sociedad de São Paulo, constituyen las dos extremidades del caleidoscopio brasileño fundamentales para comprender la cuestión nacional.

El nordeste comprende la región en que se concentraban las bases de la vida de la colonia y el Imperio. Una parte fundamental de la historia brasileña se desarrolla a partir de las fuerzas sociales que ahí se manifestaban. La cultura y las manifestaciones más importantes del pensamiento brasileño florecían y se expandían muchas veces a partir del horizonte establecido por la historia brasileña fundada en esa región. La Escuela de Pensamiento Social de Recife, que se desarrolló desde mediados del siglo xix y se extendió por el xx, es una expresión muy fuerte de esa historia. Tal vez sea posible decir que Gilberto Freyre es una de las últimas y más notable expresiones de lo que se acordó llamar la Escola de Recife. Se trata de un intelectual que propone toda una nueva interpretación de Brasil a partir de horizontes desvelados a partir de la historia del nordeste. Afirma que el nordeste es el «refugio del alma del Brasil», haciendo suyas las palabras de Oliveira Lima. Así se fortalece más «la 'brasilidad'; el espíritu, la sal, el temperamento más vivo que ya se siente ir animando una cultura distintamente brasileña, salida de la región más endogámica del país para entrar en combinaciones nuevas con las energías de las regiones más exogámicas» (10). Y añade que «el nordeste sigue siendo la parte, en más de un aspecto, más brasileña del Brasil» (11).

En el centro-sur pasaron a concentrarse los intereses económicos y políticos predominantes en la República. Por otra parte, la abolición de la esclavitud y la proclamación de la República en 1888-1889 señalan la emergencia de esa región en el ámbito de un aparato estatal cada vez más activo en la economía y en otros sectores de la vida social. Un proceso que ya se encontraba en marcha a mediados del siglo xix, se aceleró en las últimas décadas de ese siglo y adquirió un ritmo todavía más intenso a lo largo del xx. La vida económica, social y cultural del país pasó a ser progresivamente in-

(10) GILBERTO FREYRE: *Região e tradição*, 2.^a ed., Gráfica Record Editora, Rio de Janeiro, 1968, pág. 198. Cita del capítulo «Aspectos de un siglo de transición en el nordeste brasileño».

(11) *Ibidem*, pág. 198. Véase también ELIDE RUGEI BASTOS: *Gilberto Freyre e a formação da sociedade brasileira*, Tesis de Doctorado, PUC, São Paulo, 1986, mimeo. En ese estudio fundamental sobre el pensamiento de Gilberto Freyre, los capítulos «Etnias e culturas» y «Tropicologia» examinan aspectos básicos de la cuestión nacional.

fluida por los intereses, los temas y las fuerzas sociales, que pasaron a predominar en el centro-sur, en la esfera del poder estatal brasileño y, a partir de ahí, en las otras regiones del país.

Una parte importante del pensamiento social brasileño pasó a ser producida y reproducida en universidades, medios de comunicación de masas y otros sectores de actividades intelectuales localizados en diferentes lugares de esa región. La Universidad de São Paulo simboliza un poco de ese pensamiento en lo que él tiene de original y de prestado, nacional y paulista.

En esa perspectiva, una parte de los escritos de Caio Prado Jr. y Roberto C. Simonsen expresan algo de horizonte paulista, esto es, todavía más capitalista, en la visión del Brasil.

Roberto Simonsen preconizaba medidas para diversificar la economía brasileña, retirarla de la exclusiva dependencia de «productos coloniales», sujetos a crisis originadas en el exterior y a la concurrencia de las producciones de otros países coloniales, dependientes o asociados. Defiende la industrialización del país, con base en la incipiente industria que se venía desarrollando (desde hacía poco; a los pocos??) en colaboración con el capital y la tecnología extranjeros. Y propone la planificación de la economía brasileña, tanto para defenderla de las crisis como para modernizar la agricultura, más allá de favorecer la industrialización. Se crearían «industrias claves, metalúrgicas y químicas, capaces de garantizar una relativa autosuficiencia a nuestro parque industrial», siempre teniendo en cuenta los movimientos de la economía internacional. «Así, pues, la planificación del fortalecimiento económico nacional debe enfrentar, al mismo nivel, el tratamiento de los problemas industriales, agrícolas y comerciales, como los sociales y económicos de origen general» (12).

Caio Prado Junior constata las limitaciones inherentes al «sistema productivo tradicional», siempre sujeto a crisis de origen externo y con potencial limitado de diversificación. Hace notar que la diferenciación de las actividades productivas agrícolas y los desarrollos, entonces todavía incipientes, de la industria abrían otras perspectivas. Habla de «nuevas formas económicas», superando o recuperando las anteriores, que «conseguirían mantener la vitalidad brasileña. Tales formas representan los primeros pasos de una economía propiamente nacional, volcada para adentro del país y las necesidades propias de la población que lo habita». Una economía nacional que se desbloqueó con la abolición de la esclavitud, con la inmigración, con la formación y la

(12) ROBERTO C. SIMONSEN: *Evolução industrial do Brasil e outros estudos*, Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1973, págs. 304-305. Cita del capítulo «A planificação de la economia brasileira», escrito en 1944.

ampliación de un «mercado interno». Progresivamente, la producción agrícola e industrial podrán atender las exigencias de un mercado interno creciente. Ese era un proceso de transformación que se concentraba en el centro-sur. Tanto era así, que algunos de sus rasgos aparecían nítidamente ahí. «El ejemplo de São Paulo, y en general del sector sur del país, es bastante ilustrativo» (13).

Desde fines del siglo XIX, el eje de la sociedad brasileña se trasladaba del nordeste hacia el centro-sur. En el inicio, ese eje estaba simbolizado en la caña y en el café, como dos economías «tropicales» de la mayor importancia. Una simbolizaba la colonia y el Imperio; la otra pasaba a influir y simbolizar la República. Después, de forma cada vez más acentuada a lo largo de la República, ese eje pasó a estar simbolizado en la industria. Una industria que puebla las ciudades e invade el campo; provoca migraciones y generaliza la lucha por la tierra; desarrolla las clases sociales y fortalece las diferencias raciales; alcanza a los poblados, villorrios y comunidades, dando paso al mercado, a la mercadería, al lucro, a los ritmos de capital, a los principios del contrato. En las primeras décadas de la República, Brasil se vuelve paulista, es decir, capitalista.

Y de esta manera se agudizan las diversidades y desigualdades regionales, en las cuales sobresalen el nordeste y el centro-sur. Nótese que esas diversidades se fortalecen según las fuerzas sociales, económicas y otras que predominan en el centro-sur e influyen decisivamente el Estado. Las principales líneas políticas de los Gobiernos republicanos (oligárquicos, populistas, militares y de la nueva República) tienen en cuenta los intereses de las fuerzas que predominan en el centro-sur; naturalmente, teniendo siempre en consideración algunos intereses oligárquicos y regionales. Hace tiempo que la dispersión brasileña es una de las bases sobre las que se realizan los acomodamientos dentro de los bloques de poder. Los sectores dominantes siempre manejan las diversidades, inclusive volviéndose el Estado más organizado, abarcador y fuerte en detrimento de la democracia.

IV. UNA NACION EN BUSCA DE CONCEPTO

Brasil todavía no es propiamente dicho una nación. Puede ser un Estado nacional, en el sentido de un aparato estatal organizado, extenso y fuerte, que acomoda, controla o dinamiza tanto los estados y regiones como grupos racia-

(13) CAIO PRADO JUNIOR: *Historia económica do Brasil*, 3.ª ed., Editora Brasiliense, São Paulo, 1953, págs. 292-293.

les y clases sociales. Pero las desigualdades que componen la sociedad, tanto entre las unidades administrativas como entre los segmentos sociales, son de tal dimensión, que sería difícil decir que el todo es una expresión razonable de las partes, si admitimos que el todo puede ser una expresión en la cual las partes se realizan y se desarrollan.

Los estados y las regiones por un lado y los grupos y las clases por otro, vistos en conjunto y en sus relaciones mutuas reales, se presentan como un conglomerado heterogéneo, contradictorio, disparatado. Lo que ha sido el dilema brasileño a lo largo del Imperio y de la República continúa siendo el dilema del presente: Brasil se manifiesta como una vasta desarticulación. El todo parece una expresión diferente, extraña, ajena a las partes. Y éstas permanecen fragmentadas, disociadas, repitiéndose aquí y allá, hasta hoy, como si estuvieran extraviadas, en busca de su lugar.

La verdad es que Brasil está simbolizado en la lengua, himno, bandera, moneda, mercado, Constitución, historia, santos, héroes, monumentos y ruinas. Hay momentos en el que el país parece una nación, comprendida como un todo en movimiento y transformación. Pero son frecuentes las coyunturas en que se revelan las disparidades inherentes a las diversidades de los estados y regiones, de los grupos y las clases sociales. Acontece que las fuerzas de la dispersión frecuentemente se imponen a aquellas que actúan en el sentido de la integración. Las mismas fuerzas que predominan en el ámbito del Estado, confiriéndole la capacidad de controlar, acomodar y dinamizar, reiteran continuamente las desigualdades y los desencuentros que promueven la desarticulación.

Los estados y las regiones no están articulados de modo que se beneficien recíprocamente, formando un todo superior, en el cual se tornen superiores. Al contrario, las relaciones entre ellos, directamente o con la mediación del aparato estatal, descubren desigualdades permanentes, muchas veces crecientes. Es verdad que hay políticas adoptadas por el Gobierno central con objetivos regionales destinadas a estabilizar o reducir las desigualdades sociales, económicas, políticas y culturales. La Inspección de Obras contra las Sequías, el Departamento Nacional de Obras contra las Sequías (DNOCS) y la Superintendencia para el Desarrollo del Nordeste (SNDENE), para el nordeste, así como el SPVEA y la SUDAM para la Amazonía, expresan muy bien el intento para estabilizar o reducir algunas desigualdades. Pero lo que ocurre es otra cosa. Esas y otras organizaciones creadas por el poder central consolidan y lo mismo agravan las desigualdades. A despecho de parecer débiles e ineficientes, lo que se constata es que esas organizaciones son arrebatadas por fuerzas más poderosas que las vacían y las instrumentalizan. Algo semejante ocurrió con la Secretaría para la Protección del Indio (SPI) inicialmente

y la Fundación Nacional del Indio (FUNAI) posteriormente. Fueron neutralizadas por las fuerzas interesadas por las tierras indígenas, como mercado o base de actividad extractiva, mineras, pecuarias o agrícolas. Fuerzas que también se interesan por la fuerza de trabajo indígena, incluso cuando hablan de la emancipación del indio. Lo que sucede es que los procesos económicos, políticos y culturales, que expresan el juego de las fuerzas sociales predominantemente en el ámbito de la sociedad y con capacidad de influencia en el aparato estatal, llevan a su terreno a estas organizaciones junto a sus intenciones.

Los grupos raciales y las clases sociales no están articulados de forma tal que se beneficien recíprocamente, formando un todo superior en el cual se tornen superiores. Al contrario, sus relaciones recíprocas, directas o intermediadas por el aparato estatal, reiteran y fortalecen, y lo mismo profundizan, las desigualdades. Es obvio que hay reacomodos en el juego de los grupos raciales, dentro de los cuales se encuentran negros, indios, blancos y diversas procedencias nacionales. Sin olvidar que esos grupos se insertan, en distintas proporciones, no sólo en clases sociales, sino también se distribuyen en diferentes estados y regiones. Inclusive es cierto que hay frecuentes reacomodos en el juego de las clases sociales, en sus relaciones recíprocas y en sus distribuciones relativas en los espacios de los estados y regiones. Se crearon institutos jurídico-políticos tales como la Consolidación de las Leyes de Trabajo (CLT), el Estatuto del Trabajador Rural (ETR) y todo el sistema de previsión social, de modo que se pudiese atender reivindicaciones de buena parte de los grupos y clases sociales que componen la mayoría de la población. En otros términos, el SPI y la FUNAI forman parte de las políticas destinadas a acomodar sectores sociales, en este caso «indios» y «blancos». También la Ley Afonso Arinos, prohibiendo y castigando el prejuicio racial, entra en esta problemática. En el ámbito de la cultura, desde el sistema de enseñanza a los medios de comunicación de masas, desde el fútbol al carnaval, los gobernantes y los funcionarios de la burocracia estatal parecen empeñados en hacer algo en el sentido de controlar, acomodar o dinamizar las relaciones entre los grupos, las clases y el Estado como vía para conformar la nación. Pero lo que ocurre es otra cosa: tanto los institutos jurídico-políticos como el sistema de enseñanza y los medios de comunicación de masas no reducen las disparidades que caracterizan la situación y las relaciones de los grupos y de las clases.

Hay fuerzas más poderosas acaparando buena parte de los medios disponibles y haciendo que la imagen de una vasta desarticulación predomine sobre la hipótesis de la integración. Esto es, los grupos y las clases raramente se expresan como pueblo, comprendido como una colectividad de ciudadanos.

Al contrario, lo que subsiste es la imagen de una colectividad de trabajadores. No parece una nación el país en que la población todavía no se convirtió en pueblo.

La ciudadanía continúa siendo un eslabón crucial en esta historia. Plantea varios aspectos de la cuestión y uno de ellos central: si el ciudadano aparece o no en la fisonomía de la nación. En 1823, los constituyentes se preguntaban cómo definir «brasileño» y «ciudadano brasileño», ya que la población se componía de negros esclavos y libres, traídos de Africa y nacidos en el país; indios lejanos, administrados y asimilados; blancos pobres y blancos ricos, analfabetos y alfabetizados, cristianos y fetichistas. En 1891, los constituyentes deciden que todos los extranjeros (inmigrantes europeos de diferentes nacionalidades, africanos de distintas naciones, etc.) que no declarasen nada en contra, en el plazo de seis meses, pasarían a ser considerados brasileños. En 1934, los constituyentes se preguntan sobre los inmigrantes europeos, preocupados por sus ideas políticas (sindicalistas, anarquistas, socialistas, comunistas y otras), interesados en garantizar el orden social, el *statu quo*. En 1988, los constituyentes son obligados a examinar aspectos importantes de la ciudadanía del indio y del negro. Al fin del siglo xx, por tanto, la sociedad brasileña muestra que todavía no ha solucionado adecuadamente el problema racial si tomamos en cuenta la situación real de lo que podríamos denominar nacionalidades indígenas y afro-brasileñas.

Sobre el aspecto social, racial, regional y cultural, entre otros, la cuestión nacional continúa abierta. En perspectiva amplia, la historia del Brasil puede ser vista como la de una nación en proceso, en busca de su fisonomía. Es como si estuviese esparcida en el espacio, dispersa en el tiempo, buscando darse un nombre, encontrarse con su propia imagen, transformándose en concepto.

[Traducción: ARIEL JEREZ]